

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

Una de las cosas curiosas que se enseñan a los que visitan la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén es la capilla de Adán. Debajo mismo del lugar donde fuera colocada la cruz de Jesús en el momento de su muerte, allí se muestra la roca entreabierta, desnuda y delimitada por un pequeño ábside de ladrillos. A la misma altura y solo a unos metros de distancia se encuentra otra roca excavada, hoy recubierta por una piedra más reciente que indica el lugar de la sepultura de Jesús.

En la noche de la creación Dios se digna crear al hombre del polvo de la tierra; para ello lo modela a su imagen y semejanza y le infunde su espíritu, dándole de esta forma el dominio sobre todas las criaturas. El adversario, Satán, engaña al hombre sugiriéndole que Dios no le quiere inmortal, y así con el engaño viene el pecado, y con el pecado entra la muerte en la historia del hombre. El enemigo deshace la obra del Creador; el hombre al morir pierde el aliento, que Dios le infundió y vuelve a ser polvo de la tierra: **«Polvo eres, y en polvo te convertirás»**.

El viejo Adán ha muerto y ha sido definitivamente enterrado, el hombre sacado de la tierra vuelve a la tierra. Pero ese no es el lugar definitivo para el Hijo de Dios. Una vez cumplida la tarea que el Padre le ha encargado al hacerse hombre, el Hijo recibe de nuevo el espíritu que había depositado en las manos de su Padre, y recobra la vida, anulando así la sentencia que pesaba sobre el viejo Adán.

La muerte ya no es el destino definitivo del hombre y por tanto tampoco su sepultura: **«Mi carne descansa serena, no dejarás a tu fiel conocer la corrupción»**. Al confesar nuestra condición terrenal, los cristianos somos invitados a enterrar nuestro hombre viejo, a despojarnos de nuestra vieja condición de hombres pecadores, para que, conspuentados con Cristo, resucitemos con Él a la nueva vida.

Lucas, en su evangelio, describe con todo detalle el sepulcro vacío de Jesús. El relato rezuma todavía la espontaneidad y realismo del suceso. Es algo que desbarata todas las previsiones de las mujeres, que acuden con afecto y cariño a ofrendar perfumes al difunto. Su sorpresa y desconcierto se convierte en claridad al escuchar el anuncio gozoso: **«¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí. Ha resucitado»**. El anuncio les ha alegrado el corazón y les ha hecho recordar lo que Jesús les había dicho ya en Galilea.

Alegres vuelven a contárselo a los apóstoles; éstos al oír el relato de aquellas lo tomaron por un delirio. Para ellos, Jesús pertenecía al secreto de la tumba; con todo, Pedro acude a ver lo sucedido y se volvió admirándose de lo acaecido. Para el autor del evangelio esta noticia no la ideó ni la inventó nadie, responde sencillamente a la realidad. Eso sí, una realidad que trasciende y desborda toda expectativa humana, como lo era el hecho mismo de que Dios se hiciera hombre.

Volver a la tierra de la que fuimos formados cierra un ciclo natural que se inicia en nuestra concepción y acaba con la corrupción en el seno de la tierra. Nada han modificado este proceso las distintas formas de evitar la forma clásica de enterrar a los muertos. Devolver el cuerpo sin vida a la tierra de la que fue formado ha sido la constante que ha dominado las decisiones de los cuerpos inertes. El mismo cuerpo de Jesús recibió ese tratamiento al ser enterrado en el sepulcro que tenía preparado José de Arimatea.

Esto nos confirma la idea de que Jesús se había identificado plenamente con el hombre en todos los requisitos de la naturaleza humana: nacer y morir, como los dos polos extremos de la vida natural del hombre, son acontecimientos que definen la trayectoria que Jesús experimentó en su cuerpo mortal desde el seno de María hasta su entierro en el sepulcro. Un final poco innovador para quien se había anunciado como el Mesías, el Salvador. ¿De qué valía toda la salvación si al final nuestros huesos acabasen sin más futuro que la corrupción en la tumba?

Ahí es donde duele la pregunta que se hace el hombre sobre el verdadero mensaje del evangelio; Pablo responde que **«si Cristo no ha resucitado vana es nuestra fe»**. Y ese es el hecho asombroso, admirable, milagro ocurrido en la historia: el cuerpo mortal de Cristo ya no está en el sepulcro donde lo colocaron; sus discípulos, los que conocían perfectamente a Jesús, los que le habían visto y oído, los que habían comido y bebido con Él, aseguran que es el mismo Jesús que ellos conocieron en su cuerpo mortal, es el que ahora está vivo entre ellos.

El testimonio de los apóstoles confirma lo que ya había sido anunciado por el salmista: **«Mi carne habita segura; pues no entregarás mi vida al Abismo, ni dejarás al fiel tuyo ver la fosa»**. Jesús, obediente hasta la muerte y por tanto fiel a su Padre Dios, ha vencido definitivamente a la muerte, ya que ésta no ha podido retenerle en su reino. Jesús, el Hijo de Dios, ha hecho realidad histórica la experiencia del salmista, quien desde la intimidad con Dios se atreve a esperar la incorruptibilidad, la inmortalidad, la participación en la vida misma de Dios. Esa es la razón última de que la tumba no es el final definitivo del hombre.

Cristo devuelve la vida al hombre al revelarle la posibilidad de superar con Él la prueba de la tumba. Decir que la muerte es la gran verdad que el hombre no puede negar es decir una verdad a medias; es otra vez la tentación que pretende desfigurar la gran verdad de Cristo que prolonga la vida del hombre más allá de la tumba.